

* MÁBEL LARA *



PELO LIBRE, ALMA LIBRE

La historia de una voz que rompió los moldes

¿Te gusta leer? Únete a nuestras comunidades de lectores en redes sociales:



@Planetadelibrosco



@Planetalibrosco



Y uno para quienes disfrutan del ensayo, la crónica y lo mejor de la literatura:



@leeresmiplan



Regístrate aquí

Únete a nuestra comunidad de lectores, encuentra contenido exclusivo y comparte tus libros favoritos.



Planeta de Libros



PELO LIBRE, ALMA LIBRE





MÁBEL LARA

PELO LIBRE, ALMA LIBRE

La historia de una voz que rompió los moldes



©Mábel Lara, 2025

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2025

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

Primera edición (Colombia): octubre de 2025

ISBN 13: 978-628-7779-86-0

ISBN 10: 628-7779-86-1

Impresión: xxxxxxxx xxxxxxx

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

A mis padres, mi inspiración y mi polo a tierra.

A mi hijo Lucky; mi razón de ser y mi legado.

A mi alma gemela, mi hermana, y mis sobrinos.

*A mis abuelas, Ana Ligia e Inesita, matronas
que le dieron sentido a mi paso por este mundo.*

*Y a mi partner in crime, César, siempre
por su apoyo y paciencia*

ÍNDICE

Aclaración importante.....	11
Prólogo.....	13
CAPÍTULO 1	
Los orígenes.....	27
CAPÍTULO 2	
«Pelo puto»	73
CAPÍTULO 3	
El camino de una obsesión.....	95
CAPÍTULO 4	
El color de las noticias.....	153
CAPÍTULO 5	
La transición.....	199
CAPÍTULO 6	
La conciencia.....	227
Reflexión final.....	287
Citas.....	301

Aclaración importante

Este texto aborda desde una perspectiva personal términos como «negro», «negra» y «mulata», rescatando su significado más allá de la semántica. Aquí planteo mi derecho a apropiarme de estas palabras desde un sentido positivo, desligándolas de connotaciones racistas impuestas históricamente. El intenso debate que se ha dado desde la década de los noventa sobre el uso de personas «negras» o «afros» lo entiendo como una discusión profunda y sustentada. Sin embargo, en este caso, me paro desde la esquina de la narración literaria para contar esta historia local, íntima y muy personal, donde esas palabras tienen un significado que trasciende la discusión académica o sociopolítica, conectándose más bien con mi experiencia y mi identidad.

Prólogo

How I grew to believe Black hair has power, genius, and magic in it, defying gravity and limitation. I mean, look at how marvelous it is: Black hair grows up and out.

Cómo llegué a creer que el cabello afro tiene poder, genio y magia, desafiando la gravedad y las limitaciones. Quiero decir, mira lo maravilloso que es: el cabello afro crece hacia arriba y hacia afuera.

ANGELA DAVIS

En febrero de 2018 regresé de las vacaciones familiares que habíamos tomado para celebrar el cumpleaños de mi esposo. Mi hijo y mi familia política se quedaron en San Andrés, nuestra gran isla en el Caribe colombiano, mientras yo regresé a Bogotá para cumplir la cita de cada fin de semana, en el noticiero donde trabajaba como presentadora desde hace año y medio. Por cuenta de los días soleados y del mar, mi pelo estaba un poco seco, áspero, esponjoso, maltratado.

Durante los casi cinco días que estuve en la playa lo había llevado suelto, y ya comenzaban a asomarse las raíces de mi afro, o *los apellidos*, como en tono de broma llamamos, mi hermana María Fernanda y yo, a ese nacimiento enmarañado de churcos que aparecía, infalible, cada dos meses en la corona de nuestras cabezas.

En ese momento estaba sumergida en mi proceso de transición. Cuando empecé a quedarme calva, hacía casi dos años, decidí dejar de alisarme el pelo. No tenía muchas opciones para salvar esas cuatro mechas que me quedaban. Cuando metía la mano entre los mechones que surcaban la nuca, podía sentir los pedazos de piel porosa y agrietada que me habían dejado años y años de desrizados, cremas alisadoras y queratinas, que se fijaban con el calor de secadores, planchas para peinar, y aquellos rulos o tubos para el pelo que usaba en mi adolescencia. Todos esos ensayos de tintes y la sumatoria de atropellos que había cometido para mantener una imagen de «mujer moderna», con pelos lisos como hilos de aguja, me cobraron factura.

Durante más de quince años, los colombianos habían visto en las pantallas de sus televisores a una mujer negra con un peinado «impecable», que les contaba los hechos noticiosos más importantes de Colombia y el mundo. Para entonces, había acogido la recomendación de una de las peinadoras que me asistía, quien me recomendó usar extensiones de pelo naturales para que las audiencias no se percataran de mi alopecia temprana. Fue un recurso que me ayudó a mantener la imagen que las cámaras exigían, pero al mismo tiempo, esa solución se sentía como una máscara que escondía mi verdad.

Ese día de 2018 mi vuelo se retrasó. Debía salir de la isla sobre el mediodía, pero a las tres de la tarde aún seguía en tierra, esperando tomar el avión. La emisión del noticiero era a las ocho de la noche y el tiempo empezaba a jugar en mi contra. Llevaba el pelo mojado, crespo y esponjoso, sin la posibilidad de pasar por el salón de belleza donde, como de costumbre, me lo peinarían y dejarían listo para las cámaras. Mi mayor temor era no llegar a tiempo o, peor aún, llegar con mi pelo natural, algo para lo que los televidentes, creía yo, aún no estaban preparados.

A las cuatro de la tarde por fin salió el avión. Llegué a Bogotá a las 5:30 p. m., por fortuna el canal de televisión estaba cerca del aeropuerto. En el informativo me esperaba Adrianita, la maquilladora que llevaba años trabajando conmigo. Recuerdo su mirada de espanto cuando me vio pasar por el recibidor. Sus ojos se abrieron de par en par porque yo venía alborotada con mi pelo húmedo y crespo, balanceándose de lado a lado, casi como un desafío al ritual que siempre habíamos seguido.

—¿Y ahora? —exclamó Adriana cuando me senté en la silla del tocador.

—¡Pues ahora nos fuimos así, Adrianita! No alcancé a pasar por la peluquería.

—¿Lo recogemos como siempre?

—¡NO! Hoy voy a salir con mi pelo al natural.

Adriana, curtida en las formas y estilos propios de los noticieros colombianos, intentó convencerme de recogerme el pelo, apelando a la urgencia del tiempo. Estábamos al borde de la transmisión y yo jamás había aparecido con mi

pelo al natural en la pantalla de televisión. Pocas personas lo habían hecho hasta ese momento en Colombia, y menos las poquísimas mujeres negras que salíamos al aire en esa época. La posibilidad de soltar mi pelo afro era más que una simple elección estética: era un desafío.

—Este es un cambio como muy brusco, ¿no? —insistió Adriana.

—No, Adri, estoy cansada, muy cansada. ¿Qué es lo mejor que puedes hacer por mí con el pelo así? ¿Será que me autorizan a salir con el pelo como lo traigo?

—Pues, si te dan permiso de salir así, te puedo arreglar los crespos e intentamos que se vean peinados.

En ese momento salté de la silla del tocador y fui a la oficina de Cecilia Orozco, la directora del informativo. Faltaban dos horas para salir al aire. Entré a su oficina como un rayo y hablé como un trueno.

—Ceci, quiero salir con mi pelo al natural, así como soy, ¿me autorizas?

Ella, rebelde, de vanguardia y liberal, como siempre ha sido reconocida en el periodismo colombiano, me observó en silencio por unos largos segundos. Su mirada parecía estar midiendo las posibilidades, sopesando el riesgo. Después de lo que se sintió como una eternidad, esbozó una sonrisa cómplice y, con un tono que revelaba más ánimo que dudas, me dijo:

—A mí me gusta, pero eso sí, péinate un poquito, arréglate adelante para que no se vea tan alborotado.

¡No podía creerlo! Por primera vez, en quince años de trabajo como reportera televisiva y presentadora de noticias,

una directora me había dado el visto bueno para salir ante millones de colombianos con mi afro. O, para ser más precisa, con el incipiente pelo crespo que tímidamente empezaba a brotar después de casi dos años sin alisarme.

—¡La amo! —le grité mientras salía corriendo de la oficina.

Adriana me esperaba con la pinza del pelo en la mano, y cuando aterricé a tropezones en la silla, ambas, en un movimiento rápido, acomodamos el pelo sin cepillar: crespo, alborotado, enmarañado, afro. Así aparecí esa noche ante miles de televidentes de todo el país. En las redes sociales, hice una afirmación pública de mi lucha contra los alisados y mi necesidad de mostrarle a Colombia lo que significaba para mí dejarme el pelo crespo: un acto político.

Lo era porque, hasta ese momento, muy pocas mujeres se habían atrevido a llevarlo así en pantalla o incluso en público. Para mí, se convertiría en un gesto de complicidad con una audiencia fiel que, durante ocho años consecutivos, me había premiado como la mejor presentadora de noticias de Colombia. Fue una declaración de principios, el principio de mi declaración. Algo tan personal, tan íntimo, que trascendía cualquier vanidad.

Mi revelación personal desencadenó una especie de microrrevolución que ya venía gestándose como parte de un proceso de resistencia en las ciudades con población afro, negra, raizal y palenquera de Colombia. Algunos medios, tanto locales como internacionales, se interesaron en el fenómeno y me entrevistaron, entre ellos la *BBC* de Londres, querían entender por qué este era un tema de conversación en

Colombia. Tras la gran cantidad de interacciones y comentarios que generó la noticia, entendí que el asunto del pelo afro no era exclusivo de mi país. Era un tema privado que urgía hacer público en América Latina, dadas las cargas sociales e históricas que implicaba. Especialmente, este debate revelaba nuestras conexiones con el pasado, los procesos colonizadores y los estereotipos alrededor de la raza y las mujeres negras.

Empecé a recibir decenas de correos y comentarios en mis redes sociales. Mujeres me compartían sus historias, episodios similares, anécdotas que oscilaban entre lo divertido y lo doloroso sobre su pelo negro, afro, churrusco, malo, puto, como desde niñas nos enseñaron a decirle. Eran adjetivos que, en algunos casos, se escupían con desprecio, odio, con una inquina que pesaba sobre nuestras raíces.

Mi visibilidad mediática puso el tema en la agenda pública, y junto con otras mujeres que emprendimos este proceso impulsamos una conversación que se hizo más amplia e inesperada en el país. Era un diálogo que ya comenzaba a tomar forma en espacios locales de liderazgo y empoderamiento femenino, pero que ahora resonaba a una escala mucho más amplia.

La conversación no era nueva: en la década de los sesenta en los Estados Unidos, en pleno apogeo de la lucha por los derechos civiles, ya se había dado cuando diferentes voces llamaron a la comunidad afrodescendiente a abrazar su belleza, su tono de piel, sus rasgos faciales, su cultura y, sobre todo, su pelo. Black is Beautiful fue un movimiento político que invitó a reflexionar sobre la identidad afrodescendiente

en el mundo, y uno de los primeros pasos para volver a lo natural fue deshacerse de los alisadores y abrazar cada fibra de los espirales afro de nuestras cabezas, pero con orgullo.

Angela Davis, Bobby Seale y Elaine Brown jugaron un papel crucial al fortalecer el orgullo y la seguridad de la población afrodescendiente. A través de su liderazgo, lograron que en América del Norte muchos hombres y mujeres afro se alejaran de estándares occidentalizados de belleza. Con su impulso, el movimiento Natural Hair inspiró a las generaciones futuras, promoviendo una reconexión con la identidad y el orgullo racial.

Después de que la familia Obama dejara la Casa Blanca en 2017, la exprimera dama, Michelle Obama, reapareció ante el público estadounidense en 2021 con su pelo al natural. Esta imagen poderosa fue acompañada por figuras icónicas de la cultura pop estadounidense como la actriz Viola Davis, y las cantantes Alicia Keys y Beyoncé, generando un nuevo revuelo alrededor del pelo afro. Su decisión tuvo un eco poderoso en nuestra región, abriendo conversaciones sobre la identidad, la raza y la aceptación del cabello natural en todo el continente.

En una entrevista para el diario *The Washington Post*, Michelle enfatizó en el ASUNTO que se había convertido el pelo al natural para las mujeres negras del mundo. Comentó que, durante su tiempo en la Casa Blanca, optó por alisarse el cabello porque los estadounidenses «no estaban listos para su cabello natural». Dijo: «la gente apenas se estaba acostumbrando a una familia negra en la Casa Blanca, y no quería que mi pelo fuera politizado». Su tarea era que la administración

podiera concentrarse en su agenda en lugar de responder preguntas racistas sobre su cabello. Ya habría tiempo para ello. Michelle sabía que el pelo era un tema político, y las acciones políticas siempre tienen sus momentos.

Ella, una de las mujeres más poderosas del mundo, hablaba públicamente de los obstáculos que enfrentan las personas negras al intentar abrazar su belleza natural en el lugar de trabajo. Afirmaba que son criticadas por eso, vistas como menos profesionales y, a menudo, se encuentran con barreras para el acceso, la contratación y el ascenso social. Michelle estaba abordando los mismos temas que enfrentamos las mujeres negras en Colombia, Panamá, República Dominicana y otros países latinoamericanos. Esa conexión fue poderosa, casi mágica, para «relanzar» y revitalizar el amor por nuestra genética y nuestra identidad.

Lo más impactante de este episodio fue que la esposa de uno de los líderes más importantes del mundo, una de las mujeres más influyentes de nuestra generación, estaba conectándose con otras mujeres y hablaba de los mismos factores de exclusión y prejuicios que enfrentamos por nuestra apariencia. Recuerdo esto conmovida, porque una vez más esta mujer, esta poderosísima mujer, hablaba con desparpajo, «al natural», sin avergonzarse de su identidad. Esto nos ayudaba aún más a entender y a explicarle al mundo, cómo se entrelazan los hilos del poder, la feminidad y la raza en la cultura occidental.

La literatura, por su parte, nos ha permitido históricamente resguardarnos en la exploración de estos mismos asuntos. En 2013, la escritora feminista africana Chimamanda

Ngozi Adichie los retomó en su novela *Americanah*, cuya protagonista, Ifemelu, una mujer nigeriana que viaja hasta Nueva Jersey gracias a una beca, reflexiona sin tapujos sobre el país que ha dejado atrás. En una peluquería en Estados Unidos, Ifemelu retrata perfectamente la relación entre la raza y los medios de comunicación, y reflexiona sobre el pelo como un símbolo de identidad. Dejarlo al natural se convierte en un acto de resistencia. Somos eso, representaciones, y Chimamanda también lo supo.

En nuestra América del Sur, las mujeres de Brasil, el país con mayor número de afrodescendientes del continente, se adelantaron en el camino hacia lo natural y el estilismo. Historias como la de Zica Assis, creadora de un producto para domar el pelo ensortijado de las mujeres negras, se convirtieron en referentes entre nosotras. Su red de peluquerías Beleza Natural se propagó entre quienes añorábamos tener cerca de nuestras casas una de las dieciocho tiendas que esta emprendedora había establecido en cuatro estados brasileños. Zica, quien había sido empleada doméstica y estudiante de peluquería, se obsesionó con encontrar una solución que permitiera peinar el pelo afro sin perder los rizos. Ahora que lo pienso, «domar» no es el mejor verbo. ¿Hay una palabra más tirana que esa? Tal vez la palabra correcta sea «serenar»: lo que creó Zica Assis fue un producto para *serenar* nuestro pelo ensortijado.

En casa nunca se dejó de lado esta conversación. Muchas mujeres del Caribe y del Pacífico mantuvieron vivo el poder del pelo natural, también de los significados de nuestros peinados y las historias de las trenzas en los procesos emancipadores. Hablaban también de las cremas derivadas de productos

naturales, que fabricaban desde sus lugares de procedencia como la selva chocoana, pero que además lo hacían a través de organizaciones sociales que reivindicaban la identidad afro.

Quiero reconocer y hacer visible el trabajo de la profesora Emilia Eneyda Valencia Murrain en el suroccidente colombiano. Ella nació en pleno corazón de la selva chocoana, en Andagoya, y fue la fundadora de la asociación de mujeres afrocolombianas. Nunca olvido que en mis inicios en televisión me insistió en que me dejara el pelo afro sin alisar, sin domar, libre, como los ríos del Pacífico.

Emilia migró a Santiago de Cali muy jovencita, al igual que muchas de nosotras y, como suele suceder con las gentes del Pacífico, organizaba reuniones para conectarse con la diáspora que buscaba un futuro en la capital del Valle del Cauca. Desde muy temprano en los años ochenta planteó debates locales sobre el racismo lingüístico en los medios de comunicación, la estigmatización que sufrimos las mujeres y los hombres de nuestra región. Cosas como, por ejemplo, que al ingresar a un almacén somos vigilados y seguidos por los guardias de seguridad o los empleados solo por nuestro color de piel. Ella también denunció la falta de atención de las autoridades e impulsó la conversación sobre nuestro símbolo más visible: ¡el pelo afro!

El pelo negro, afro, es entonces mucho más que solo pelo. Es una experiencia de vida, es una manera de asumirse en el mundo y como sucede con el cuerpo de las mujeres, es un escenario de batalla, de lucha ideológica, cultural, ancestral. Es un símbolo de resistencia, una bandera de identidad

cultural y un espacio de tensión continuo. Cada rizo y cada trenza cuentan historias de represión y liberación, historias de cómo las mujeres negras han desafiado los cánones de belleza impuestos y han reivindicado su propia identidad, conectándose con sus raíces y con una herencia rica que trasciende generaciones. Es un acto de poder y autoafirmación, donde se tejen las memorias colectivas y se desafía el *statu quo*.

Este libro nace de allí, de esa experiencia personal, profusa e introspectiva. Un viaje que me ha hecho transitar por los entresijos de mi obsesión: la representación de la diversidad de las personas negras, afrodescendientes y de las mujeres en espacios donde históricamente hemos sido invisibilizadas. Es un proyecto que brota de la autodeterminación como camino para hacer posibles nuestros sueños y de una reflexión madura sobre las conversaciones que sostenemos, los lugares que habitamos y los prejuicios que enfrentamos, especialmente en torno a la belleza, los medios de comunicación y la etnicidad. Aquí se entrelazan las luchas de identidad y la búsqueda de un reconocimiento auténtico, una travesía hacia la visibilidad en un entorno que aún está aprendiendo a valorarnos.

Durante más de tres años intenté escribirlo y tuvo muchos nombres y objetivos. Tal vez el más importante, era el de narrar una historia personal en un contexto de cambio mundial, un momento en el que las personas están siendo de nuevo trivializadas y no estamos encontrando puntos de acuerdo. Al contrario, nos estamos fragmentando por nuestros prejuicios y nuestras «tarjetas de entrada» a

nichos, cada vez más cerrados, donde los mismos interactúan siempre con los mismos, dejando a un lado la maravillosa habilidad humana de la interacción social. Este fenómeno está permitiendo que se haya exacerbado el odio racial, y lo que parece ser una especie de estupidez compartida de negación sobre nuestros miedos, que en el fondo están basados en la ignorancia.

La idea inicial era simplemente escribir sobre este proceso de transición que me llevó a dejarme el pelo al natural, sin domar. Pero terminó siendo, también, una reflexión sobre los procesos sociales que han impactado mi vida en estos tres largos años. Estos acontecimientos me llevaron a plasmar en el papel este relato autobiográfico que cobra sentido porque considero, respetuosamente, que refleja una experiencia similar a la de muchas mujeres en América Latina.

Este relato personal, que se ha nutrido de muchas voces es, sin duda, una aventura coral que espera sumarse a la conversación sobre identidad, racismo, equidad e inclusión. Mi intención es que este texto no se perciba como un tratado academicista, sino como una mirada íntima, un tapiz de experiencias y voces que espero sume a las luchas que debemos hacer visibles en este arcoíris de la diversidad.

La paciencia de editorial Planeta, el apoyo de mi esposo, de mi bello hijo a quien dedico este libro, me lanzan a escribir estas páginas para compartir con los lectores una mirada honda, sincera, que pretende presentar mi verdad, mi versión de los hechos y la historia que me ha tocado vivir.

Las luchas de las mujeres en la vida privada son batallas también de la vida pública. Cada espacio que ganamos para

hablar sobre nuestros cuerpos, nuestras emociones o las experiencias que aparentan ser triviales e «íntimas», ayudan a soltar la maleta y el sofisma de heroínas, esa figura inalcanzable que nos han impuesto y que nosotras mismas nos hemos impuesto. Al soltar esas expectativas, nos liberamos de la carga de cumplir con las proyecciones de otros, casi siempre dictadas por los ojos ajenos y muy pocas veces desde nuestra propia experiencia.

Sueño con que muchas de las personas que lean estas páginas puedan encontrar una nueva forma de entender lo que significa ser mujer, negra y afruda. Espero que, sin importar su etnia, género y edad, todos se unan a la conversación sobre el amor por el cabello natural, enfrentando juntos las dificultades que tenemos para volver a abrazar nuestra auténtica belleza. Al mismo tiempo, espero ayudar a muchas personas a comprender sus rizos hasta que, juntos, podamos generar una conciencia colectiva sobre los problemas de representación en los medios de comunicación. Y, desde allí, desentrañar el poder de las imágenes y de los estándares de belleza, reconociendo que la diversidad incluye muchas formas, cuerpos y capacidades diferentes.

Invito a los hombres que se han acercado a mí, de manera discreta, para pedirme un mensaje para sus hijas que desean alisarse el pelo por inseguridad con su figura o porque sufren matoneo, a conectarse con esta historia. Ustedes también son parte de un sistema que ha generado expectativas, estándares de belleza y formas de representar la masculinidad. Ese sistema influye en cómo se perciben nuestros cuerpos y nuestra presencia en los espacios públicos. Así que ser

conscientes de su rol es esencial para ayudar a sus hijas a abrazar orgullosas su identidad y belleza natural, y a fortalecerse frente a las presiones externas y a reivindicar su espacio con orgullo.



CAPÍTULO 1

Los orígenes



Calcula toda el agua que corrió para que puedas estar aquí.

Planeta

Monte Oscuro

Mi mamá se levantó muy temprano, preparó el desayuno y salimos de Puerto Tejada a Cali para hacer las vueltas de mitad de año, aprovechando que mi viejo estaba en la casa. Ese día íbamos a comprar los cuadernos para el colegio. En el centro comercial, mientras mi hermana y mi mamá se habían adelantado a comprar ropa, mi papá y yo caminábamos de tienda en tienda, revoloteando entre pasillos de zapatos y telas, esperando a que ellas terminaran. Sentía su mano cálida sosteniéndome con firmeza, y aunque no entendía por qué, notaba que algunas personas sonreían y hacían comentarios entre dientes al vernos pasar. No recuerdo exactamente de qué hablábamos, pero la imagen la guardo en mi mente como una escena imborrable porque fue la primera vez que identifiqué que era «distinta». Mientras caminábamos, una señora se nos acercó y le dijo a mi papá:

—Tan linda la niña con esos crespitos, ¿es adoptada?

En ese momento no entendí muy bien la palabra o a qué se refería la mujer, pero inmediatamente noté la incomodidad de mi padre, quien frunció el ceño y respondió muy molesto, pero con altura:

—No, señora. Esta negrita es mía y es así como la ve, bella. Bella como las noches negras, como la negra noche.

La señora, incómoda, se retiró excusándose por su evidente imprudencia. Mi padre no mencionó nada más sobre el asunto, tampoco le contó a mi mamá sobre ese episodio.

Nadie me explicó sobre adopciones o diferencias en ese instante. Tal vez mi papá no quiso darle trascendencia a un episodio de los muchos que desde entonces empezaron a aparecer en mi vida. Tendría unos siete años, no lo recuerdo bien, pero lo que sí tengo presente es que en ese momento se incubó en mí una cadena de preguntas sobre mi identidad que, aunque no lo sabía entonces, me acompañaría en los años por venir.

Soy producto de una pareja interracial. Mi padre es blanco mestizo, muy blanco. Mi madre, una caucana negra, muy negra. Juntos constituyeron un hogar con dos hijas mulatas, una nacida en 1976 y yo en 1980. Nuestra familia es originaria de Puerto Tejada, un pueblo del norte del departamento del Cauca. Fue en 1972, cuando mis padres, ambos unos jovencitos de veintidós años, se conocieron y se enamoraron en ese lugar al que yo he llamado la Babel del Cacao o Puerto T.

Puerto Tejada fue hasta la década del sesenta la capital cacaotera de Colombia. Todavía resulta increíble pensar en un pueblo en medio de la nada, inicialmente en la selva, como un espacio de intercambio comercial. Hasta allí llegaron antioqueños, gente del Caribe, hombres y mujeres del Líbano, de la India, a quienes los negros fundadores llamaban «los indostanes». Todas estas personas abrieron el comercio en ese terruño metido en el monte. En ese milagroso lugar hicieron una vida gracias a la pujanza de los herederos de los esclavos que aterrizaron en la zona desde inicios del siglo XVI.

Nuestros bisabuelos negros fueron traídos al extenso y fértil valle geográfico del río Cauca, un territorio que

jugaría un papel crucial en la economía colonial. Su presencia garantizó la consolidación del modelo de hacienda desde el siglo XVI hasta mediados del siglo XIX, un modelo que fue gestionado desde el centro del poder que estaba en Popayán. Allí, como nos lo recuerda el profesor Harold Galvis Parra, los grandes patronos, dueños de vastas propiedades y minas ubicadas en el Chocó y en los antiguos reales de minas de Raposo, Quinamayó y Micay, se beneficiaron del trabajo forzado de estas personas esclavizadas, quienes fueron pieza clave en la expansión agrícola y minera de la región.

Los negros fueron la columna vertebral de la economía minero-hacendista en el Valle del río Cauca. Columnas vertebrales que los colonialistas partieron a punta de trabajos forzados y latigazos. Allí se desarrolló un proyecto geopolítico que comprendía los actuales departamentos de Cauca, Valle y Risaralda. En él, los hacendados obligaron a negros y negras a trabajar sin tregua en la minería y en las labores de la agricultura, soportando sobre su humanidad las situaciones más horripilantes de las que se tenga noticia. Les llovían pero aguaceros de golpes, y no los calentaban los rayos del sol, sino hierros hirviendo que les marcaron la piel. Incluso, aquellos terratenientes, que presumían de sus abolengos y apellidos españoles, tuvieron la osadía de competir hasta por el número de negros que cada clan familiar tenía en su poder. Hoy suena inverosímil, pero así fue aquel eterno episodio de pesadillas con los ojos abiertos.

Como muy bien lo relata Mateo Mina —el seudónimo con el que firmaba sus investigaciones el antropólogo Michael Taussig— en su sesudo libro *Libertad y esclavitud en el Valle*

del río Cauca, una gran parte de la población del norte del Cauca es descendiente de los esclavos que fueron explotados en las minas y haciendas de la región. Entre ellos estaban La Bolsa, Japio y Quintero, latifundios que bordeaban las ricas minas de oro que estaban ubicadas en una montaña cerca de Caloto y Santander de Quilichao. En ese contexto, cuenta Taussig, el pueblo de Santa María se consolidó como el núcleo minero de mayor importancia del sur de Colombia, donde familias poderosas como los Mosquera, los Valencia y los Arboleda incrementaron su fortuna gracias al trabajo forzado de nuestros antepasados. Estos, rezanderos de camándula y Biblia en mano, establecieron un sistema de opresión y desigualdad que todavía resuena en la identidad y la memoria de la región.

Ya desde 1780, los negros libertos, muchos de ellos prófugos, empezaron a ubicarse en las zonas de los palenques, creando una nueva clase social que surgió del cultivo del tabaco y el cacao. Estos palenques se convirtieron en lugares de resistencia y libertad, donde las comunidades negras no solo sobrevivían, sino que prosperaban, desafiando el poder colonial. Los relatos sobre el temor que inspiraban los palenqueros a los hacendados y a las fuerzas del orden se escuchan todavía en los salones de conversaciones de algunas casonas viejas del norte del Cauca.

Cuenta Taussig que aquellos negros fugitivos lograron mantenerse durante más de un siglo gracias a su destreza y a la fuerza de las armas. Incluso, durante las guerras de independencia, Simón Bolívar llamó a la población negra a unirse a la lucha con la promesa de libertad, pero también dejó claro

que los negros debían participar y morir en la guerra, ya que, si solo los blancos lo hacían, Colombia terminaría siendo gobernada por negros, algo que no resultaba favorable ni para él ni para otros criollos acaudalados. Recuerda Taussig que, por esos días, muchos negros aprovecharon la situación para escapar de sus amos y se refugiaron en lo profundo de las selvas colombianas.

Los textos y crónicas de la época dan cuenta del espíritu rebelde de los hombres y mujeres negros del departamento del Cauca que participaron en las luchas independentistas. A estos guerreros El Libertador les prometió la emancipación tras participar en el ejército patriota, pero les incumplió para «no incurrir en el resentimiento de los todopoderosos terratenientes que se oponían radicalmente». Como resultado, en 1821, el Congreso de Cúcuta no abolió la esclavitud, sino que promulgó la ley de «libertad de vientres», la cual decretaba que los hijos de esclavos nacidos a partir de esa fecha serían libres. Además, establecía que los esclavos que cumplieran los sesenta años de edad serían libres, pero sin ayuda alguna para su vejez. Este hecho dejó a muchas personas que lucharon por la independencia en una situación de desprotección y marginación, evidenciando cómo las promesas de libertad fueron condicionadas por los intereses de los poderosos dueños de la tierra.

La presión ejercida por quienes vivían bajo el yugo de la esclavitud condujo a una fuga masiva de las haciendas. Esos seres humanos, secuestrados bajo la trata esclavista, se rebelaron contra sus patronos y buscaron su libertad en las zonas periféricas, lejos del control de sus antiguos amos. Allí

crearon palenques y caseríos con nuevos órdenes territoriales de la mano de saberes tradicionales como la agricultura, la astrología, la arquitectura y especialmente la formación cívico-militar con enfoque en organización política, como hasta ahora se preserva en la mente de los más viejos.

El 21 de mayo de 1851, el presidente liberal José Hilario López decretó la abolición de la esclavitud en Colombia, lo que desató una guerra con los esclavistas que insistían en que debían recibir indemnización por la «pérdida de sus propiedades», porque para ellos los trabajadores negros eran de su propiedad. Fue José María Obando, recién nombrado general en jefe del Ejército Sur, quien sofocó el levantamiento en Pasto, Cali y Popayán. La decisión del presidente López marcó el inicio del fin de la hacienda esclavista, como señala el profesor Luis Carlos Castillo Gómez en su libro *Natanael Díaz, el poeta en los laberintos de la política* (2022), donde evidencia que este momento alumbró un nuevo orden social. Así surgió el campesinado negro nortecaucano, dividido en dos vertientes: «por un lado, las familias a las que se les asignaron parcelas y por el otro, en los libertos que siguieron cultivando plátano y maíz, pero que incursionaron en los cultivos comerciales de tabaco y cacao que sembraron en el denso bosque», y en los lotes de tierras arrancados a «la espesa selva —al monte oscuro— como resultado del cimarronaje dando origen a la finca campesina nortecaucana».

Aquel monte oscuro fue más bien una montaña de luz. Los negros libertos, con una visión renovada de su libertad, crearon trayectos de comercio y comunicación entre los ríos cercanos, haciendo que se ampliara una de las rutas a vapor



Planetade**Libros**

¿Te gusta leer?

Únete a nuestras
comunidades de lectores
en redes sociales:



@planetadelibrosco



Planeta de Libros Colombia



@planetadelibrosco



@PlanetadeLibrosCo

Conoce más libros haciendo clic en:

planetadelibros.com.co



Grupo  Planeta

Creemos en los libros